

ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO A LA PSICOLOGIA CONTEMPORÁNEA¹

Dr. Enerio Rodríguez Arias
Universidad Autónoma de Santo Domingo
erodriguez27@uasd.edu.do

RESUMEN

El presente artículo contiene un conjunto de reflexiones sobre el objeto y el método de la psicología. Primero, se describe la evolución del objeto de la psicología desde la experiencia consciente, pasando por la conducta, hasta una nueva concepción de la mente. Se concluye reconociendo el carácter conceptualmente heterogéneo de la psicología. Luego, se describe la historia del método científico, desde el dogmatismo metodológico inicial del siglo XVII hasta el escepticismo metodológico a finales del siglo XX. Se exponen los métodos que han predominado en psicología, desde la introspección analítica hasta los métodos provenientes de las ciencias naturales. Se reproducen algunas críticas al énfasis puesto en estos últimos. Finalmente, se concluye rechazando el carácter unívoco del método científico en psicología.

Palabras clave: Objeto de Psicología, teoría, método, conductismo, neomentalismo.

El presente trabajo contiene las reflexiones del autor en torno a la psicología contemporánea. Para mayor facilidad de exposición y de lectura, se organizarán las reflexiones alrededor de dos áreas de problemas: 1) Los problemas en torno al objeto de la psicología; y 2) Los problemas en torno al método. Los problemas de la interacción objeto-método no recibirán una atención especial y se tratarán en ambas partes del trabajo.

En relación con los problemas relativos al objeto de la psicología, hay que convenir que cien años no han sido suficientes para construir *el objeto* de la ciencia psicológica. Pero no ha sido por falta de esfuerzo. Si se acepta que una ciencia se constituye como tal en el momento en que construye conceptualmente un objeto de estudio y elabora un discurso propio sobre el mismo, no hay duda de que el primer paso en esta dirección fue dado por Wilhelm Wundt hace poco más de cien años. El objeto de la psicología era para Wundt *la experiencia consciente*, y la

tarea del psicólogo debía ser la de descubrir en la experiencia consciente las unidades o elementos de la vida mental, a la manera en que los estudiosos del mundo físico buscaban también los elementos constitutivos del mismo. Para Wundt, el objeto de estudio de la psicología era irreducible al objeto de cualquier otra ciencia, alertando de un modo particular contra el peligro de la reducción fisiológica (Mischel, 1970). El hecho de que la obra principal de Wundt llevase por título *Principios de Psicología Fisiológica* no debe inducir a ninguna confusión de carácter reduccionista, pues todo cuanto significa la palabra “fisiológica” en dicho título es que la psicología debía ser una ciencia tan experimental como la fisiología; de manera que “psicología fisiológica” era igual a psicología experimental. Esta identidad no tiene nada de extraño, pues en la atmósfera intelectual de la época, científico era igual a experimental; y para Wundt y otros muchos científicos, experimental era equivalente a fisiológico, pues el experimento fisiológico constituía un modelo para el experimento psicológico.

1- Trabajo publicado en la Revista *Ciencia y Sociedad*, Volumen IX, Número 3, 1984, pp. 301-313.

La primera amenaza a la identidad de la psicología como ciencia provino de la fisiología. Como se sabe, para Pavlov no existía ningún objeto específico de la psicología; lo que esa “supuesta ciencia” estudiaba no era más que una parte de la fisiología, específicamente la fisiología de los hemisferios cerebrales. El reduccionismo pavloviano fue combatido por el materialismo dialéctico, el cual reconoce la especificidad de los fenómenos psicológicos cuyas propiedades, en virtud del llamado “salto dialéctico”, son nuevas y no deducibles de las propiedades de los fenómenos fisiológicos de cuya transformación surgen (Mecacci, 1979). El debate entre pavlovianos y dialécticos se prolongó durante varias décadas en la Unión Soviética, hasta que en la Conferencia Pavlov celebrada en 1950 se adoptó las doctrinas fisiológicas de Pavlov como el fundamento de la psiquiatría y de la psicología soviéticas, por vía de intentos de reinterpretar dialécticamente las formulaciones pavlovianas, las cuales, al decir de un autor (Gabel, 1971), son las menos dialécticas entre todas las doctrinas fisiológicas conocidas.

El conductismo cambió totalmente el objeto de la psicología. La conducta, y no la conciencia, debía ser el objeto de estudio de la psicología (Watson, 1913). De esta manera Watson *des-psicologizó* el objeto de la psicología, al proponer la eliminación del vocabulario descriptivo de sucesos mentales y su sustitución por un vocabulario de estímulos y respuestas observables. La búsqueda de elementos de la vida mental fue sustituida por la búsqueda de unidades de conducta.

Formas más elaboradas de conductismo desplazaron a la formulación watsoniana y desarrollaron diferentes estrategias para reintroducir en el reino de la nueva ciencia el vocabulario descriptivo de fenómenos mentales. Estudios conductistas sobre el significado (Osgood, 1952; Staats y Staats, 1957), el conocimiento (Berlyne, 1955), el pensamiento (Maltzman, 1955; Skinner, 1957), los conceptos (Kendler, Glucksberg & Keston, 1961; Spiker, 1963), el lenguaje (Mowrer, 1954; Skinner, 1957; Osgood, 1959; Staats, 1961) y la solución de problemas (Cofer, 1957; Skinner, 1966) constituyen un buen testimonio del interés del conductismo postwatsoniano en los llamados procesos mentales

superiores, y buenos ejemplos de la diversidad de estrategias con que los conductistas abordaron dichos procesos. Pero a pesar de las diferencias internas, todos comparten dos características fundamentales: 1) Describen los procesos mentales superiores en términos conductuales y 2) Suponen que dichos procesos pueden explicarse en función de principios derivados del estudio de procesos más simples, tales como los estudiados en animales de laboratorio.

Sería incorrecto afirmar que toda la psicología se hizo conductista. Por ejemplo, la psicología alemana, fiel a la tradición leibnitziana que concibe la mente como un principio intrínsecamente activo, resistió tanto a la psicología de Wundt (que no fue un resultado del pensamiento alemán sino una síntesis original de empirismo inglés y fisiología sensorial) como al conductismo, y en cambio ha sido receptiva a corrientes psicológicas más afines a la fenomenología, como primero la psicología del acto, de Brentano, y más tarde la psicología de la *Gestalt*. Y hasta en la misma cuna del conductismo, destacados psicólogos influidos por la tradición humanista, como Allport, Murphy, Rogers y Maslow, rechazaron el mecanicismo subyacente a la imagen del hombre que ha proyectado el conductismo. Pero a pesar de todas las resistencias, el conductismo transformó la psicología de una *ciencia de la mente en una ciencia de la conducta*, y aunque muchos psicólogos no aceptaron la filosofía conductista de la psicología, aceptaron la inclusión de la conducta en el objeto de estudio de la psicología. Esto último se hizo patente en la gran cantidad de libros de texto, que, sin seguir una orientación conductista, definían a la psicología como la ciencia de la conducta, o como la ciencia de la conducta y de la experiencia.

Pero los mismos años en que las actitudes y procedimientos conductistas fueron extendidos a los procesos mentales superiores, ocurrió el renacimiento de la mente como objeto de estudio de la psicología. El año de 1956 puede tomarse como el punto de partida de ese renacimiento, caracterizado por el surgimiento de un enfoque nuevo en los intentos por comprender la mente humana: el enfoque del procesamiento de información. En ese año se demostró la existencia

del mecanismo de la recodificación lingüística como un recurso compensatorio de la limitada capacidad de la memoria humana (Miller, 1956); se proporcionó la primera prueba de la insuficiencia esencial de cualquier teoría gramatical basada en el asociacionismo para explicar los más elementales fenómenos lingüísticos (Chomsky, 1956); se introdujo el concepto de *estrategia* para designar un esquema de decisiones en la adquisición, retención y utilización de información (Bruner, Goodnow & Austin, 1956); y se publicó una descripción del primer programa de computadora capaz de resolver problemas mediante la utilización de heurísticas similares a las utilizadas por los humanos (Newell & Simon, 1956). Unos años más tarde, Miller (1962) no encontraría ningún inconveniente en definir a la psicología como la *ciencia de la vida mental*. Estos hechos marcan el inicio de un movimiento neomentalista dentro de la psicología (Deese, 1972), el cual mediante la integración de las contribuciones provenientes de la psicología, la lingüística y la ciencia de las computadoras, ha conducido al nacimiento de lo que hoy se conoce como *Ciencia Cognitiva*. (Norman, 1981).

En este punto es necesario establecer la diferencia entre el neomentalismo y el mentalismo preconductista. Este último cosechó la herencia del dualismo cartesiano: Todo cuanto existe procede de una de dos sustancias irreductibles (naturalezas simples); los fenómenos físicos se reducen a extensión (materia); los fenómenos mentales, en cambio, se reducen a conciencia (mente). Según esta doctrina, ni la materia puede producir un fenómeno mental, ni la mente puede producir un fenómeno físico. A pesar de la irreductibilidad recíproca de las dos naturalezas simples, Descartes defendió la doctrina de la interacción de las mismas en el ser humano, único en el cual coexisten mente y materia. Los primeros psicólogos aceptaron el dualismo cartesiano, pero estuvieron divididos en torno al problema de la relación mente-cuerpo; unos pocos siguieron la solución interaccionista de Descartes, pero la gran mayoría (Wundt entre ellos) rechazó el interaccionismo, y adoptó en cambio la solución conocida como paralelismo psicofísico, doctrina que sostiene que los fenómenos físicos y mentales coexisten en la persona como dos series paralelas,

pero sin que haya ninguna clase de influencia entre ellas (Misiak, 1964). De esta manera, la psicología estudiaba la mente, mientras la fisiología (ciencia derivada de la física) debía estudiar el cuerpo.

El concepto de mente en el neomentalismo es radicalmente diferente del implicado por el dualismo cartesiano. El neomentalismo considera la mente como una parte del universo físico. Pero el término *mente* es usado no por un simple hábito lingüístico, sino que refleja un auténtico cambio conceptual. El sistema nervioso central del hombre, en interacción con otros órganos y sistemas corporales, da origen a fenómenos emergentes, es decir, que no pueden explicarse mediante el conocimiento de las propiedades físicas de las células nerviosas que lo componen. Ejemplos de tales fenómenos emergentes son: la conciencia, la continuidad y organización de la percepción, la memoria, el lenguaje, y la sensación de conocer y de desear. De esta manera, cuando se dice que la psicología es el estudio de la mente, el término *mente* es usado para describir estos sistemas emergentes en su totalidad (Deese, 1972). Bunge (1980) ha designado a esta concepción de la mente como un materialismo emergentista, para distinguirlo tanto del materialismo eliminativo como del materialismo reduccionista. Recientemente un psicofisiólogo (Ax, 1983) ha señalado que la característica más fundamental del sistema psicológico es el consistir en un modelo simbólico del mundo, del yo, y de sus relaciones e interacciones. *Mente* es sencillamente el nombre con que se designa ese sistema simbólico. El defiende tanto el valor heurístico del concepto como su legitimidad científica, y utiliza la analogía de la computadora para ilustrar la relación mente-cuerpo. En esa analogía, la estructura mecánica de la computadora representa la fisiología de la persona, mientras que el programa, que es un modelo simbólico, representa la mente. Después de una exposición detallada de la analogía, el citado autor concluye diciendo: “La importancia de trazar esta analogía entre la mente y un programa de computadora es asegurarles a los escépticos que no hay nada anticientífico en postular una mente y estudiarla a través de una diversidad de métodos” (Ax, op. cit., p. 4).

La concepción de la mente como un sistema simbólico y de la conducta como la manifestación externa del funcionamiento del mismo, constituyen rasgos del neomentalismo que lo colocan en confrontación abierta con el conductismo contemporáneo. Las conductas complejas son mediadas por representaciones simbólicas que funcionan con independencia de los movimientos del organismo; de esta manera, la persona puede pensar en diferentes alternativas de solución para un problema sin necesidad de embarcarse en las conductas correspondientes. El papel de los procesos simbólicos es tan importante en la conducta humana, que hasta se ha llegado a decir (Brewer, 1974) que no existe ninguna evidencia convincente de condicionamiento clásico u operante en humanos adultos, pues se supone que el proceso de condicionamiento (en su más simple expresión) se da al margen de cualquier funcionamiento simbólico, y no hay prueba de que tal cosa ocurra en los humanos adultos.

El surgimiento de una alternativa al conductismo en la psicología contemporánea ha enriquecido a la ciencia psicológica como un todo, abriendo posibilidades insospechadas de investigación en áreas donde el conductismo no ha pasado de hacer formulaciones muy generales y de escaso valor heurístico, como por ejemplo, las representaciones e imágenes mentales, la memoria semántica, el procesamiento y la comprensión de textos, y la toma de decisiones. Esto ha inducido a algunos a hablar de “la revolución que derrocó al conductismo” para referirse a la teoría del procesamiento de información (Johnson-Laird & Wason, 1977), lo cual no significa que el conductismo haya muerto, como afirmó Koch hace veinte años (Koch, 1964). La presencia del conductismo en la psicología contemporánea es un hecho irreversible; lo que se ha hecho patente en la última década son los límites y no la inadecuación total del conductismo. Pero así como es una expresión prejuiciada la de anunciar la muerte del conductismo, no lo es menos la de proponer alguna forma de conductismo como paradigma unificador de la psicología contemporánea (Staats, 1984; Ardila, 1983). Este último autor parece no ver lo que está ocurriendo delante de sus ojos, cuando en un resumen reciente de la psicología contemporánea (Ardila, 1984)

incluye el neoconductismo, neopsicoanálisis, psicología materialista-dialéctica y psicología humanista, mientras omite cualquier alusión a la psicología cognoscitiva y a la Ciencia Cognitiva. La omisión contrasta con la inclusión de psicologías (como la humanista y la que él llama materialista-dialéctica) cuyas principales aportaciones a la psicología son más bien contextuales y metateóricas que genuinamente psicológicas. La actitud de Ardila difiere notablemente de la adoptada por Lichtenstein (1980), quien, aun siendo adversario de la psicología cognoscitiva, reconoce su fuerza y se refiere a ella como “un grave y poderoso movimiento contrarrevolucionario”, por referencia a la revolución conductista de la psicología.

Conductismo y neomentalismo constituyen las raíces de la psicología contemporánea; el primero defiende el estudio de la conducta como objeto con derecho propio; el segundo estudia la conducta como manifestación externa de los procesos de un sistema simbólico llamado *mente*. Pero mientras *la vida mental* fue seleccionada como objeto de estudio por su naturaleza de *problema*, la conducta se convirtió en objeto de estudio por razones de *método*. Esta diferencia de perspectiva en la definición del objeto de estudio de la psicología le otorga al neomentalismo una mayor sensibilidad hacia lo que Koch (1964) ha llamado la “curiosidad problematizadora” en comparación con el efecto restrictivo que sobre esa curiosidad tiene la primacía del método sobre el problema. Frente a los intentos por unificar a la psicología alrededor de un solo punto de vista, Koch (1969, 1981) ha insistido en que por la naturaleza de los problemas psicológicos, la psicología no puede ser una ciencia coherente, sino una reunión de estudios de los que una gran mayoría no califica como científicos, y sugiere que la palabra *psicología* sea sustituida por la expresión *estudios psicológicos*, la cual hace más justicia a la heterogeneidad conceptual que caracteriza a la disciplina que llamamos psicología.

El autor del presente trabajo suscribe la opinión del carácter conceptualmente heterogéneo de la psicología, y considera que cualquier reducción del objeto de la psicología a las dimensiones y problemas que se divisan desde una perspectiva

particular, limita arbitrariamente las posibilidades de conocimiento. Koch se equivocó cuando anunció la muerte del conductismo, pero es posible que esté diciendo la verdad cuando habla del carácter antinómico de la psicología.

En relación con los problemas relativos al método de la psicología, conviene señalar en primer lugar, que la palabra método se usa con mucha liberalidad. En las ciencias particulares se suele usar como equivalente de técnica, es decir, de un procedimiento específico utilizado en un contexto específico de investigación, por ejemplo, a la forma de reunir los datos y a la forma de analizarlos, se les llama métodos; así se oye hablar del método experimental o del método clínico, y de que hay diferentes métodos para el análisis estadístico de los datos reunidos en una investigación. Pero cuando la palabra *método* es utilizada en filosofía de la ciencia, se usa para denotar principios lógicos y filosóficos generales implícitos en la búsqueda del conocimiento; así se habla del método inductivo y del método deductivo. En este último sentido, el estudio del método, la *metodología*, es una parte de la filosofía de la ciencia.

Ahora bien, la filosofía de la ciencia es posterior a la ciencia, y como parte de ella, la metodología, la reflexión filosófica sobre el método, es posterior al método mismo. La conciencia de un método científico surgió en el siglo XVII, y asumió la forma de un dogmatismo metodológico. En efecto, tanto el *Nuevo Órgano de las Ciencias* de Bacon como el *Discurso del Método* de Descartes, aunque defendiendo caminos diferentes, fueron ofrecidos al mundo como los libros guías para la adquisición de conocimiento. Ambos estaban impregnados de la intención de salvar al hombre del error. Bacon creía que la naturaleza era demasiado compleja y sutil para que el hombre pudiera descifrar sus enigmas sin despojarse primero de sus prejuicios y sin poner un freno a su habitual tendencia a hacer generalizaciones prematuras. Descartes, en cambio, creía que todos los hombres tenían la misma aptitud para conocer la verdad; la diferencia estaba en que no todos seguían el camino correcto. La garantía del conocimiento residía en el método; era un asunto de seguir los pasos prescritos. Este fue el origen de la creencia en el valor del método.

Pero muy pronto empezaron a acumularse contraejemplos. Si bien el método contenía una secuencia lógicamente concatenada de las actividades del investigador, se trataba de una secuencia lógica construida *ex post facto*, pues las actividades reales del investigador prácticamente nunca ocurrían de esa manera. Los descubrimientos científicos ocurrían de una manera diferente a la prescrita en las descripciones del método científico. El primer intento de conciliar las diferencias fue realizado por William Whewell en el siglo XIX. En su obra *Novum Organon Renovatum* (1858), Whewell distinguió entre la inducción como un proceso de descubrimiento que no puede reducirse a reglas, y el problema de la evaluación de las pruebas en favor de las generalizaciones inductivas, esto es, el problema de “la lógica de la inducción” (Véase Martínez, 1978). En esta forma, Whewell distinguió entre el descubrimiento científico y su justificación lógica, haciéndose eco de la distinción establecida por John Herschel en 1830 entre “el contexto del descubrimiento” y “el contexto de la justificación”. (Véase Losee, 1979). Sin embargo, estos planteamientos tuvieron muy poco impacto en los estudiosos de la metodología de la ciencia.

Mientras tanto, la progresiva acumulación de ejemplos extraídos del análisis del desarrollo histórico del conocimiento científico, proporcionó las bases suficientes para el surgimiento de una actitud de rebelión contra el método que ha culminado en el *Tratado contra el Método* de Feyerabend (1981). Frente a las evidencias presentadas por los historiadores de la ciencia, Reichenbach (Véase McGuigan, 1968) redescubrió los planteamientos de Herschel y Whewell y formalizó la distinción entre el contexto del descubrimiento y el contexto de la justificación para referirse a las diferencias que existen entre las condiciones reales en que se realiza la investigación (contexto del descubrimiento) y la reconstrucción lógica que sufre la misma al ser comunicada a los demás miembros de la comunidad científica (contexto de la justificación). En este sentido, Feigl (1970) ha señalado que “una cosa es rastrear los orígenes históricos, la génesis y el desarrollo psicológico, las condiciones socio-político-económicas de la aceptación o rechazo de las teorías científicas; y otra cosa muy diferente es proporcionar una

reconstrucción lógica de la estructura conceptual y de la contrastación de las teorías científicas”. En la obra ya citada, Feyerabend insiste en que las evidencias acumuladas aconsejan abolir la distinción entre un contexto del descubrimiento y un contexto de la justificación, pues la misma, a su juicio, no desempeña ningún papel en la práctica científica. Respondiendo a Feigl, admite que existe una diferencia notable entre las reglas de contrastación tal y como son “reconstruidas” por la filosofía de la ciencia y los procedimientos que emplea el científico en su investigación real. Pero añade que un simple examen demuestra que una *aplicación resuelta* de los métodos de crítica y de prueba que se alega pertenecen al contexto de la justificación, destruiría a la ciencia tal y como la conocemos, y nunca la hubieran dejado surgir. Agrega Feyerabend que el hecho de que la ciencia exista, prueba que dichos métodos con mucha frecuencia fueron dejados de lado; y fueron dejados de lado precisamente en beneficio de aquellos procedimientos que ahora se dice que pertenecen al contexto del descubrimiento. Con esto, Feyerabend quiere decir que en la historia de la ciencia, los criterios de justificación a menudo prohíben pasos que son producidos por condiciones psicológicas, socio-político-económicas, y que la ciencia sobrevive sólo porque se permite que prevalezcan estos pasos; por lo cual, la separación de los dos contextos le parece tan artificial como la subdivisión de un río por fronteras nacionales. Feyerabend concluye en los términos siguientes:

La idea de que la ciencia puede, y debe, regirse por unas reglas fijas y de que la racionalidad consiste en un acuerdo con tales reglas es irrealista y perniciosa. Es *irrealista*, pues tiene una visión demasiado simple del talento de los hombres y de las circunstancias que animan, o causan, su desarrollo. Y es *perniciosa* porque el intento de reforzar las reglas está condenado a incrementar nuestra cualificación profesional a expensas de nuestra humanidad. Además, semejante idea es *perjudicial para la ciencia misma* porque olvida las complejas condiciones físicas e históricas que influyen sobre el cambio científico. Convierte la ciencia en algo menos agradable y más dogmático: toda regla metodológica va asociada a suposiciones cosmológicas, de modo que al usar la regla

estamos dando por supuesto que dichas suposiciones son correctas. (Feyerabend, 1981, p. 289).

Hasta aquí ha sido una breve historia del método científico, desde su formulación explícita en el dogmatismo metodológico hasta su sentencia de muerte en el citado texto de Feyerabend. Rastrear la actitud de los psicólogos hacia el método científico no resulta difícil. De Wilhelm Wundt se ha dicho que estaba más preparado que sus predecesores para iniciar la construcción de la psicología científica, porque además de su preparación filosófica estaba familiarizado con el método científico. Watson hizo descansar su proyecto conductista en la idea de que la conducta podía ser estudiada por el método científico. Esto significa que las primeras versiones de la psicología científica descansaron en la convicción común de que el método es la garantía del conocimiento. El desarrollo de la filosofía de la ciencia dotó al neoconductismo de recursos metodológicos que colocaron a la investigación psicológica, por lo menos en el aspecto formal, en el nivel de las ciencias naturales más desarrolladas. Pero la sofisticación metodológica acentuó hasta niveles indeseables la subordinación de los problemas al método. Maslow (1954) fue de los primeros psicólogos en advertir las consecuencias perjudiciales que tenía para la psicología una concepción de la ciencia centrada en el método. Decía Maslow en esa época lo siguiente:

Un experimento metodológicamente satisfactorio, sea o no trivial, raramente se critica. El problema atrevido, que rompe moldes, en cuanto existe la posibilidad de que sea un “fracaso”, es con frecuencia normalmente criticado incluso antes de que comience. En la literatura científica, la crítica parece reducirse corrientemente a crítica de método, técnica, lógica, etc. No recuerdo haber visto en la literatura con la que estoy familiarizado, ningún trabajo que critique a otro por el hecho de ser de escasa importancia, trivial o inconexo. (Maslow, 1954, pp. 15-16).

Según Maslow, esta actitud ha conducido a un desprecio por la formulación de preguntas importantes, pues el psicólogo, en vez de preguntarse cuáles son los problemas más intrincados y cruciales que merecerían ser investigados, se pregunta cuáles

son los problemas que pueden investigarse con determinadas técnicas y equipos. En su defensa de un cambio de énfasis en favor del problema, Maslow reproduce la siguiente opinión de Einstein e Infeld: “El planteamiento de un problema es mucho más esencial que su resolución, ya que ésta puede ser meramente una cuestión de habilidad matemática o experimental. Formular nuevas preguntas, nuevas posibilidades, examinar antiguos problemas desde un nuevo ángulo, requiere imaginación creativa y marca un avance real en la ciencia” (Maslow, op. cit., p. 23).

Por otra parte, Allport (1963) ha deplorado el hecho de que los psicólogos, en su deseo de imitar a las ciencias establecidas, se interesen solamente en aquellos problemas y trabajen solamente sobre aquellos organismos que se prestan a operaciones *metodológicamente aceptables*. Según Allport, esta actitud es en gran parte la responsable de la trivialización que se observa en la psicología contemporánea, pues los conceptos derivados del método pueden enseñarnos mucho sobre el método, pero muy poco sobre el problema.

Los psicólogos han sido víctima de la creencia en la omnipotencia del método. Aferrados al mito de que la aplicación del “método correcto” aseguraría automáticamente el progreso del conocimiento psicológico, han dedicado enormes esfuerzos de investigación para acumular una montaña de resultados triviales. Comentando sobre esta situación, el editor de una importante revista psicológica, después de lamentar la trivialidad de la mayor parte de la investigación psicológica rigurosamente metodológica, terminaba diciendo: “Hay ocasiones en que tengo la desagradable fantasía de que la psicología se ha enamorado tanto del método que las técnicas se han convertido en nuestras variables independientes y nuestros problemas sustantivos sólo en variables dependientes” (Smith, 1961, p. 462).

Skinner (1956) fue posiblemente el primer psicólogo en advertir que la formulación de reglas metodológicas para guiar el proceso de investigación se ha hecho a partir de una reconstrucción lógica de la conducta real del investigador, que la formaliza en un grado tal que

el propio investigador sería incapaz de reconocer que esas reglas metodológicas han sido derivadas de la forma real en que él investiga. Dicho en otros términos, las reglas metodológicas que se sugiere debe seguir quien haga una investigación se basan en el contexto de la justificación y no en el contexto del descubrimiento. Al analizar las consecuencias de una rígida adhesión a las reglas metodológicas establecidas, un comité designado por la Asociación Psicológica Norteamericana señalaba el peligro de que el estudiante adquiriese una idea errónea del arte de la investigación y desarrollase un perfeccionismo susceptible de actuar como una barrera a la fecundidad, o a la invención, o a la flexibilidad del pensamiento. Añadía el mencionado comité que “en alguna forma el estudiante ha de aprender a encontrar los métodos apropiados a su problema y a servirse de ellos, a evitar limitar su elección de problemas a aquellos que pueden tratarse con métodos que le son familiares o que acaso le han impresionado excesivamente” (Festinger et al. 1959, pp. 167-169).

Partiendo de la discrepancia existente entre lo que se hace en las investigaciones psicológicas y lo que se dice que se hace en ellas, Bachrach (1962, p. IX) comienza un pequeño libro de metodología expresando como primera ley que las investigaciones no se hacen de la manera que los que escriben libros sobre investigación dicen que se hacen. La idea reciente de algunos autores de libros sobre métodos de investigación psicológica, de combinar la exposición de principios metodológicos formalizados con descripciones informales de casos de investigación, frecuentemente extraídos de reportes autobiográficos, refleja la creciente convicción de que el contexto de la justificación es completamente insuficiente para el desarrollo de habilidades investigativas, aunque sin lugar a duda es útil para la crítica. Los pequeños libros de Bachrach (1962) y de Hyman (1964) constituyen ejemplos excelentes de la idea anterior.

El autor del presente trabajo cree que la distinción conceptual de los dos contextos es esencialmente válida, pero admite que hay entre ellos un grado de interacción mayor que lo que se suponía originalmente, aunque el asunto sigue abierto a la

discusión. Lo que no admite discusión es que el dogmatismo metodológico, esa idea de que hay una forma única y preestablecida de hacer investigación, es insostenible. En consecuencia, no existe “el método científico”. Existen problemas o preguntas de investigación, para cuya solución o respuesta el investigador dispone de vías alternativas. La investigación es un proceso complejo, integrado por fases diversas y con niveles desiguales de desarrollo. Nada hay escrito que le obligue a escoger una opción específica de las muchas disponibles en cada fase del proceso. Por eso el autor considera que la mejor forma de describir el proceso de investigación es como un proceso de toma de decisiones. Esta concepción restituye la imagen del investigador como un ser que decide (apoyado en sus conocimientos, sus prejuicios y su ignorancia) sobre el método y no que es arrastrado por reglas metodológicas impersonales y ciegas.

REFERENCIAS

- Allport, G. W. (1963). *Desarrollo y Cambio*. Buenos Aires: Paidós. (Edición inglesa en 1955)
- Ardila, R. (1983). “La Síntesis Experimental del Comportamiento”. *Interamerican Psychologist* (58): 4-7.
- Ardila, R. (1984). “Escuelas Psicológicas, Sistemas Psicológicos y la Síntesis Experimental del Comportamiento”. *Interamerican Psychologist* (60): 7-9.
- Ax, A. F. (1983). “Basic Concepts of Psychophysiology”. *International Journal of Psychophysiology*. (1): 3-6.
- Bachrach, A. J. (1962). *Psychological Research: An Introduction*. New York: Random House.
- Berlyne, D. E. (1954). “Knowledge and Stimulus-Response Psychology”. *Psychological Review*. (61): 245-254.
- Brewer, W. F. (1974). “There is no Convincing Evidence for Operant or Classical Conditioning in Adult Humans”. En: W. B. Weimer & D.S. Palermo (Eds.), *Cognition and Symbolic Processes*. (pp.1-21). Hillsdale: LEA.
- Bruner, J. S. et Al. (1956). *A Study of Thinking*. New York: Wiley.
- Bunge, M. (1980). “The Psychoneural Identity Theory.” En: Bindra, D. (Ed.): *The Brain's Mind*. New York: Gardner Press.
- Chomsky, N. (1956). “Three Models for the Description of Language”. *IRE Transaction on Information Theory*. 2(3): 113-124.
- Cofer, C. N. (1957). “Reasoning as an Associative Process: III. The Role of Verbal Responses in Problem Solving”. *Journal of General Psychology* (57): 55-68.
- Deese, J. (1972). *Psychology as Science and Art*. New York: Harcourt.
- Feigl, H. (1970). The Orthodox View of Theories. En: M. Radner, & S. Winokur, (Eds.): *Analyses of Theories and Methods of Physics and Psychology*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Festinger, L., et Al. (1959). “Education for Research in Psychology”. *American Psychologist* (14): 167-169.
- Feyerabend, P. (1981). *Tratado contra el Método*. Madrid: Tecnos.
- Gabel, J. (1971). “La Crisis del Marxismo y de la Psicología”. En.: *La Nueva Imagen del Hombre*. Buenos Aires: Rodolfo Alonso Editor.
- Hyman, R. (1964). *The Nature of Psychological Inquiry*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- Johnson-Laird, P. N. & Wason, P. C. (Eds.). (1977). *Thinking: Readings in Cognitive Science*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kendler, H. H. et Al. (1961). “Perception and Mediation in Concept Learning”. *Journal of Experimental Psychology*. (61):186-191.

- Koch, S. (1964). "Psychology and Emerging Conceptions of Knowledge as Unitary". En: T. W. Wann, (Ed.): *Behaviorism and Phenomenology: Contrasting Bases of Modern Psychology*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Koch, S. (1969). "Psychology Cannot Be a Coherent Science". *Psychology Today*, 14, 64-68.
- Koch, S. (1981). "The Nature and Limits of Psychological Knowledge: Lessons of a Century qua Science". *American Psychologist*. (36): 257-269.
- Lichtenstein, P. E. (1980). "Theoretical Psychology: Where is it Headed?" *The Psychological Record*. (30): 447-458.
- Losee, J. (1979). *A Historical Introduction to the Philosophy of Science* (Second Edition). Oxford: Oxford University Press.
- Maltzman, I. (1955). "Thinking: From a Behavioristic Point of View." *Psychological Review*. (62): 275-286.
- Martínez F., P. (1978). *Filosofía de la Ciencia Empírica: Un estudio a través de Whewell*. Madrid: Paraninfo.
- Maslow, A. (1954). *Motivación y Personalidad*. Barcelona: Sagitario.
- McGuigan, F. J. (1968). *Experimental Psychology: A methodological approach*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- Mecacci, L. (1979). *Brain and History*. New York: Brunner/Mazel.
- Miller, G. A. (1956). "The Magical Number Seven, Plus or Minus Two". *Psychological Review* (63): 81-97.
- Miller, G. A. (1962). *Psychology: The Science of Mental Life*. New York: Harper and Row.
- Mischel, T. (1970). "Wundt and the Conceptual Foundations of Psychology." *Philosophy and Phenomenological Research* (31): 1-26.
- Misiak, H. (1964). *Bases Filosóficas de la Psicología*. Buenos Aires: Troquel.
- Mowrer, O. H. (1954). "The Psychologist looks at Language". *American psychologist* (9): 660-694.
- Newell, A. & Simon, H. A. (1956). "The Logic Theory Machine". *IRE Transaction on Information Theory*. 2(3):61-79.
- Norman, D. A. (Ed.). (1981). *Perspectives on Cognitive Science*. Hillsdale: LEA.
- Osgood, C. E. (1952). "The Nature and Measurement of Meaning", *Psychological Bulletin* (49): 197-237.
- Osgood, C. E. (1959). "A Behavioristic Analysis of Perception and Language as Cognitive Phenomena." En: *Contemporary approaches to cognition*. Cambridge: Harvard University Press.
- Skinner, B. F. (1957). *Verbal Behavior*. New York: Appleton-Century Crofts.
- Skinner, B. F. (1966). An Operant Analysis of Problem Solving. En: B. Kleinmuntz. (Ed): *Problem Solving: Research, method, and teaching*. New York: Wiley.
- Smith, B. (1961). Editorial . *Journal of Abnormal and Social Psychology*. (63): 461-465.
- Spiker, C. C. (1963). "Verbal Factors in the Discrimination Learning of Children". *Monograph of the Society for Research in Child Development* (28): 53-69.
- Staats, A. (1961). "Verbal Habit-families, Concepts, and the Operant Conditioning of Word Classes". *Psychological Review* (68): 190 – 204.
- Staats, A. (1984). "La Revolución Unificadora de la Psicología: Conductismo Paradigmático y la Síntesis Experimental del Comportamiento". *Interamerican Psychologist*, (59): 6-8.
- Staats, K. C. & Staats, A. (1957). "Meaning Established by Classical Conditioning". *Journal of Experimental Psychology* (54):74-80.
- Watson, J. B. (1913). "Psychology as a Behaviorist Views It". *Psychological Review* (20): 158- 177.